

La Nochebuena del cronista

Por Marino Gómez-Santos

Madrid empieza a tener cierto aire, o mejor diríamos, cierta bruma londinense, sin que por eso el Sol pueda resignarse a dejar de sonreír, unos momentos, entre pitillo y pitillo de la mañana.

Los escaparates madrileños están llenos de tentaciones y el empleado, con sus dineritos todavía frescos, será pecador el primer día laborable después de la Navidad. Porque el comercio se dejará querer dulcemente, terriblemente y el empleado que salió de su casa en un taxi, volverá en el Metro con un caballito de cartón y una bolsa de confites para echarle al chico la noche de Reyes.

Los escaparates madrileños son un Pecado Original de nuestro tiempo. Adán pecó, inocentemente, cándidamente, probando una manzana del Paraíso. El madrileño peca al pasar ante el escaparate de un bazar, comprándole una simple barra de carmín a su mujer.

Hay muchas gentes que paseando abajo o arriba por la Gran Vía, encuentran su felicidad. Eugenio Montes, nuestro gran cronista y académico se queda ante las joyerías contemplando pitilleras de oro, como un estudiante; González-Ruano se deja en las tiendas de anticuario para turistas, el dinero que acaba de sobrase en

un periódico; el modesto aprendiz de escritor se llena los bolsillos del gabán con las revistas españolas y extranjeras, expuestas en los kioscos, junto a la parada del autobús. Es una tentación. Crean ustedes que solamente viviendo en una provincia será relativamente fácil entrar en los umbrales del próximo año con cinco duritos en el bolsillo del chaleco.

NOTA DE URGENCIA

¡Viva la gracia! Con ésto de que los inspectores de los autobuses se han retirado a celebrar la Nochebuena el cobrador fuma mientras va de un lado a otro, con su bolsa de calderilla. El cronista y los demás viajeros fuman también, aprovechando la ocasión, por decir algún día que han fumado en el autobús.

El armatoste de dos pisos corre como un diablo. Por la ventanilla, al pasar junto a la boca del Metro de Retiro el cronista ha visto a unas domésticas bailando en la acera con unos obreritos jóvenes, embuñados. Tenían un gramófono de manivela sobre una de las mesas de la terraza de un café ya cerrado y las botellas de coñac estaban arrimadas al barandal del Metro de Retiro. ¡Viva la gracia! ¡Viva el humor! Porque, entre paréntesis, la helada es casi fabulosa.